

gasen todos los Obispos, de lo que hicieron relacion los diputados. Sin perder instante se resolvió la tercera citacion, que se puso por escrito en estos términos. „Conformándose el santo Sinodo con los cánones, y usando de indulgencia, os cita por tercera vez. No rehuséis ya presentaros, para contestar á la acusacion de heregía intentada contra vos. Estad cierto que si perseverais en la obstinacion, el santo Concilio, aunque con dolor y por necesidad, sentenciará contra vos segun los decretos de los Padres.” Fueron recibidos los diputados encargados de esta nueva monicion como los anteriores, pues encontraron del mismo modo la habitacion de Nestorio cercada de soldados, que los rechazaron brutalmente del pórtico, sin permitirles que se pusiesen á la sombra para libertarse del gran calor que hacia. „Nosotros somos Obispos, respondieron con la mayor paciencia, y no venimos á injuriar al Patriarca, sino á convidarle segun las leyes á que asista al Concilio; y nosotros, replicaron los soldados, estamos aquí de orden del piadosísimo Nestorio, para no permitir la entrada á nadie de vuestro Concilio. No esperéis mas contestacion aunque permanezcáis aquí hasta la noche.”

Los Obispos viendo que esperaban inútilmente, volvieron á la Iglesia, y refirieron el recibimiento que se les habia hecho; á vista de lo cual mostraron todos los Padres una viva indignacion. No obstante, „los estravíos de nuestro hermano, dijo Juvenal, deben causarnos mas compasion que severidad: aunque los cánones solo prescriben tres moniciones,

haríamos muy gustosos la cuarta y otras mil por salvarle; pero haciendo guardar la puerta con soldados, nos da una triste prueba de que ha cerrado los oidos á la voz de su conciencia, y que está muy lejos de abrirlos á nuestros avisos caritativos, es preciso que pasemos adelante; ya que no podemos salvar á nuestro hermano, afirmaremos el depósito de nuestra fe.

Principiaron leyendo el simbolo de Nicéa, á fin de proponerse un punto fijo para aprobar ó condenar lo que fuese conforme ó contrario. Despues de esto el Presbítero Pedro de Alejandria pidió que se leyese la carta de San Cirilo, así para comparar su doctrina con la de Nicéa, como para hacer manifiestos los consejos que habia dado á Nestorio. Acabada de leer, Juvenal de Jerusalem dijo el primero, que nada era mas conforme á la doctrina de Nicéa. Firmino de Cesaréa en Capadocia, Memnon de Éfeso, Teódoto de Ancira, Flaviano de Philipos en su nombre y en el de todos los Obispos de la Iliria, Acaacio de Melitina; esto es, los Prelados mas distinguidos y otros varios hasta ciento seis, opinaron en particular exaltando á porfia la profundidad y pureza de la doctrina de Cirilo; y todos los demás del Concilio mostraron unánimemente que opinaban lo mismo.

Despues pasaron á comparar esta doctrina con algunos escritos de Nestorio, y escogieron para esto la segunda carta á San Cirilo, en la cual esplicaba con claridad sus errores. „En todo es contraria á la fe de Nicéa, exclamó Juvenal de Jerusalem: anatema á estos errores impíos: anatema á cualquiera que defien-

da esta doctrina. No sin causa, añadió el Obispo de Melitina, hombre de gravedad y de un raro mérito; no sin causa teme comparecer Nestorio, y hace cercar su casa de soldados. Su primer acusador es su conciencia, y sufocando sus remordimientos se aparta de las sagradas Escrituras y de la tradición de los Padres." Despues afirmando su parecer en el contesto de la misma carta que condenaba; „la presuncion, dijo, con que tiene la osadía de gloriarse de haber disipado las tinieblas de nuestros misterios, le condena suficientemente; pues le hace confesar que ha usado de nuevos principios y de nuevo language. Yo, pues, anatematizo sus impiedades, y á todos los que las adoptan." El mismo anatema fallaron los demás Padres. Finalmente se leyó la carta del Papa Celestino á Nestorio, y la epístola sinodal del Concilio de Alejandría; y los Obispos Egipcios que fueron los portadores refirieron el desprecio que habia hecho de ella.

Acacio de Melitina y Teódoto de Ancira tenian relaciones íntimas con Nestorio, que mirándolos como amigos y esperanzado de seducirlos á su llegada á Éfeso, les habia hablado claramente sin ocultarles nada. Divulgáronse estas tentativas, y Fido de Jóppe tomando por testigos á estos dos Prelados, dijo: „el novador sostiene las mismas impiedades que antes, y sírvanme de testigos Acacio y Teódoto. En el nombre del Dios de la verdad, por los santos Evangelios que están presentes, y cuya religiosidad debemos tener en mas que todas las amistades humanas, dí-

gannos lo que han oido de boca de Nestorio aun despues de solos tres dias." Uno de estos dos Obispos tocaba ya casi en el precipicio preparado por Nestorio; pero se reconoció completamente, y ambos desearon poner de manifiesto su adhesion á la fe que se les habia intentado arrebatár. Todos los del Concilio oyeron con aplauso la proposicion de Fido, y tuvieron los dos Obispos esta union de votos por un mandato. „Si he sido afecto á mi amigo, dijo entonces Teódoto, amo mucho mas los intereses de la Iglesia. Aunque cause grave dolor á mi amistad, daré un testimonio fiel á la verdad. Oidme con confianza: oid lo que Nestorio habia dicho muchas veces, lo que habia predicado en público y estampado en sus escritos, lo que ha repetido y sostenido despues de nuestra llegada. Hace pocos dias le oimos, y otras muchas personas le oyeron como nosotros, que no era decente anunciar un Dios nacido de una Virgen, y nutrido con su leche un Dios de dos ó tres meses."

Acacio añadió á esta deposicion de Teódoto, que habiendo llegado á Éfeso, su primer cuidado habia sido dedicarse á reducir á Nestorio, cuyos sentimientos eran extravagantes, y que á fuerza de sus exhortaciones este Patriarca se habia retractado. „Mas en otra conversacion, prosiguió Acacio, en mi presencia él y un Obispo de su comitiva vomitaron blasfemias horribles y que me obligaron á alejarme de su compañía. Nestorio osó afirmar entre otras cosas que uno era el Hijo que habia sido crucificado, y otro el Verbo Divino; y que el delito de los verdugos de Cristo

no era mas que un simple homicidio , por haber sido cometido en un hombre y no en Dios.”

Leyeron despues de esto muchos pasages de los Padres mas venerados en número de diez á doce, de San Cipriano , San Atanasio , los Santos Papas Julio y Felix , San Ambrosio , San Basilio , y los Santos Gregorios Niseno y Nacianzeno , y se confrontaron con las proposiciones escritas y verbales de Nestorio. Todos los Padres del Concilio esclamaron contra la temeridad é impiedad del novador y fulminaron anatema. La sentencia de condenacion decia así : „Rehusando Nestorio no solo obedecer á la citacion que se le ha hecho por nuestra parte , sino tambien recibir los venerables Obispos nuestros diputados , no hemos podido dispensarnos de examinar sus infames sentimientos. Y como estamos persuadidos de su manera de hablar y enseñar , así por la lectura pública de sus cartas y demás escritos , como por los discursos que poco tiempo hace ha proferido en esta ciudad y nos han sido referidos por legítimos testigos ; obligados por los cánones y por la carta de nuestro santo Padre Celestino , Obispo de la Iglesia Romana , con las lágrimas en los ojos damos y pronunciamos la sentencia que sigue : Nuestro Señor Jesucristo ultrajado por las blasfemias de Nestorio , ha definido por este santo Concilio , que dicho Nestorio queda privado de la dignidad episcopal , y apartado de toda sociedad y asamblea eclesiástica.” Intimóse la sentencia en estos términos aun mas enérgicos que los que preceden (1) : „á Nes-

(1) *Concil. Ephes. act. 1.*

torio , *nuevo Judas* , de parte del santo Concilio congregado por la gracia de Dios en Éfeso , segun las órdenes de nuestro piadoso Emperador : sabed , que por vuestras doctrinas impías y resistencia indómita á la autoridad de los cánones , os ha depuesto el santo Concilio , conforme á las leyes de la Iglesia , y os ha privado de todo grado eclesiástico ; á 22 del presente mes de Junio.”

Esta fue la primera sesion que ocupó á los Padres desde la mañana hasta entrada la noche , aunque eran los dias mas largos del año. Esperóse á la puerta todo este tiempo el pueblo de Éfeso lleno del celo por la gloria de la Madre de Dios ; y cuando supo el triunfo de la Virgen santísima y la deposicion de su enemigo , prorrumpió en voces de gozo , y colmó de bendiciones á los Padres del Concilio. Los ciudadanos mas distinguidos condujeron á los Obispos á sus habitaciones con hachas encendidas , y las mugeres quemaban perfumes ante ellos ; hubo iluminaciones en toda la ciudad , y en todas las calles resonaba el nombre y las alabanzas de María Madre de Dios ; dándose priesa toda el Asia y todo el mundo cristiano á venerarla con nuevo fervor y celo. Al dia siguiente de la condenacion , se fijó la sentencia en todas las plazas de la ciudad , y los pregoneros públicos la anunciaron por todas las calles. San Cirilo escribió sin dilacion á los eclesiásticos que habia dejado en Constantinopla , para velar por su parte en el bien de la Religion , y dirigió tambien una carta particular á San Dalmacio.

29. Nadie era mas acreedor á esta distincion que este ilustre Abad, el mas célebre de todos los de la ciudad imperial, tanto por su Santidad como por otras mil circunstancias recomendables (1). Habia servido en tiempo de Teodosio el grande en la tropa de sus guardias, y desde entonces se distinguió por su piedad; pero aspirando á una vida mas perfecta, dejó, de acuerdo con ella, á su muger y sus hijos, escepto uno llamado Fausto, con el cual pasó á ponerse bajo la direccion del Abad Isaac. No pensaba mas que en santificarse en la mas profunda obscuridad, cuando Isaac viéndose próximo á su fin, y no hallando persona mas digna de sucederle que Dalmacio, le nombró Hegúmeno, ó superior del monasterio sujeto al Obispo. El nuevo Abad era efectivamente un prodigio de abstinencia y desprendimiento de las cosas mundanas; pero cuanto menos amaba al mundo y sus vanas pompas, tanto mas los Grandes del Imperio, los Senadores, y aun el mismo Emperador que le visitaba muy á menudo, le daban las pruebas mas auténticas de confianza y respeto. Se confirió á su persona, y por su respeto á sus sucesores, el título de Archimandrita ó Superior de todos los Monasterios de Constantinopla. Tal era el santo amigo, que por un grande celo contra las novedades impías, creyó Cirilo digno de ser el primero á quien participase la condenacion.

El Concilio escribió tambien al clero y pueblo de Constantinopla que eran muy opuestos á las impieda-

(1) *Menolog. græc. ad diem 3. August.*

des de su Obispo; y luego que se estendieron las actas de la deposicion, fueron enviadas al Emperador con una carta sinodal sobre el proceder de los Padres, la obstinacion del Patriarca depuesto, y las causas que habian tenido para juzgarle sin esperar á los Orientales despues del término fijado. Los Obispos del Concilio, para remover las preocupaciones del Emperador, no omitieron el decirle que el Papa habia condenado ya los errores de Nestorio y pronunciado contra él su sentencia. Tambien pidieron á Teodosio que les diese su auxilio para estirpar de todas las Iglesias la nueva heregia: que se entregasen á las llamas los escritos del heresiarca do quiera que se encontrasen, y amenazase con su indignacion á todo el que despreciase lo decretado. Tal es el orden de las potestades consagrado por el uso de la mas respetable antigüedad: decide la Iglesia sobre la doctrina; indica y critica los escritos dañosos que la contienen; y los protectores temporales sostienen los decretos con su poder y los ponen en egecucion.

30. Entretanto el Conde Candidiano hizo guardar todos los pasos por mar y tierra, para impedir que las cartas del Concilio llegasen á la corte (1). Desde la mañana siguiente á la sesion, protestó contra lo que se habia hecho en ella; y de acuerdo con Nestorio envió al Emperador una relacion falsa, en la que denigrando á los Prelados en general, y en especialidad á San Cirilo, tenia la osadia de afirmar, que todas sus operaciones y conducta no habian sido

(1) *Baluz. Sinod. cap. 11.*

mas que precipitacion, intriga, sedicion y violencia. Que una multitud de Obispos que habian llegado á Éfeso no fueron admitidos al Concilio, y que hubo mucha desunion aun entre los mismos que se encontraron en él. Que los mas fogosos habian procurado mover un tumulto, esparciendo en la ciudad soldados de su partido para cercar las casas de los que pensaban ser de contrario parecer, y arredrarlos con horribles amenazas; y que el Obispo de Éfeso, gefe de la sedicion, habia cerrado las Iglesias para que los perseguidos no tuvieran lugar de refugio. Así emponzönaban la prudente conducta de Memnon y de los Efesios, que negándose á ausiliar el cisma, no habian querido entregar una Iglesia separada para reunirse los Nestorianos.

Para dorar su representacion con las apariencias de franqueza y verdad, decian al Emperador los enemigos del Concilio al fin de su carta: „os suplicamos, Señor, pues hemos venido aquí por vuestra orden, que atendais á nuestra seguridad, porque nuestra vida está en riesgo; y haced de modo que podamos á lo menos volver seguros á nuestras casas. Si quereis resueltamente que se celebre el Concilio, mandad, piadosísimo Emperador, que se reuna segun las reglas prescritas, y que ningun sacerdote ni Obispo comparezca en él sin que se le llame espresamente. Que solo asistan dos Obispos de cada provincia con el Metropolitano, y que estos tengan conocimiento de las cuestiones de que se debe tratar.”

Esta última cláusula tenia mucho artificio, y pro-

curaba escluir el grandísimo número de Obispos de Egipto, en donde residian pocos Metropolitanos, y por consiguiente los mas temibles al heresiarca, á causa de sus conexiones con el Patriarca Cirilo. Bajo el pretesto de no admitir mas que á los Obispos instruidos en las cuestiones que se promovian, se proporcionaban tambien un recurso contra la eleccion y el juicio de los Prelados cualesquiera que fuesen. Once Obispos firmaron esta carta, entre los cuales sobresalian Frítilas de Heracléa, Heladio de Tarso, é Hy-menio de Nicomedia, y los dos Alejandros, el de Apaméa y el de Jerápolis.

En tanto que los hereges se quejaban de esta suerte á la corte de las falsas violencias cometidas por los ortodoxos, su protector Candidiano que tenia la fuerza en sus manos perseguia abiertamente á los Padres del Concilio. Los insultaba en público por medio de sus soldados y de los numerosos satélites que conservaba Nestorio consigo, despojándolos de las comodidades de la vida, y aun estorbando que les llevasen las cosas neccsarias. Fue sin embargo mucho peor cuando á los cinco dias despues de la primera session, esto es el 27 de Junio, llegó á Éfeso Juan, Patriarca de Antioquía, con los Obispos que le acompañaban. Pensaban los Católicos que aplaudiria su decision, y aun creían que los reprenderia por haberla diferido tanto. Mandaron una diputacion numerosa de clérigos y Obispos á recibirle, para honrar su dignidad, y para advertirle que no comunicase con Nestorio que estaba ya condenado. Mas se enga-

ñaron enteramente; pues Juan ordenó apartar con orgullo á los diputados, los que no obstante le siguieron hasta su habitacion, donde despues de haberles hecho esperar largo tiempo á la puerta, se les introdujo al fin, y les oyó lo que tenían que decirle de parte del Concilio.

Los escuchó Juan afectando un aire de frialdad é indiferencia, y los despidió con la misma sin responderles y abandonándolos á la fogosidad oriental de sus Obispos y clérigos, que por una conducta incomprendible, contraria á nuestras costumbres, los golpearon de suerte que estuvieron á pique de perder la vida (1). Vinieron, pues, á dar cuenta de lo sucedido á los Padres, enseñándoles sus heridas, y de todo se extendió una relacion que no existe entre las actas del Concilio, por mas indubitable que sea este hecho; aunque no es esta la sola prueba de que se ha perdido alguna parte de los primeros monumentos del Concilio de Éfeso.

31. El Obispo de Antioquia despues de ocurrido esto, vestido aun de camino y lleno de polvo, segun habia bajado de su carruage, tuvo en la casa donde estaba hospedado un conciliábulo compuesto de un número bastante crecido de Obispos reunidos en tumulto sin eleccion ni miramiento alguno, pareciéndole todos buenos hasta aquellos que en otro tiempo habian sido depuestos por sus crímenes, ó profesaban abiertamente el pelagianismo (2). Es difícil conciliar

(1) *Epist. Memn. tom. 3. Concilior. pag. 761.* (2) *Ciril. apolog. pag. 405.*

este atentado con la religion de Juan de Antioquia, y con su adhesion á la fe ortodoxa, que en lo sucesivo le veremos mostrar del modo mas heróico. Pero le habian preocupado los Obispos Nestorianos y el Conde Candidiano, que saliendo á recibirle se adelantó á los diputados del Concilio. Era por otra parte Prelado de poco espíritu, mas celoso que docto, mas piadoso que versado en los negocios ó en el conocimiento de los hombres, y tan fácil de conducir, como difícil de separarse de los que una vez se habian apoderado de su confianza. Este es á lo menos el juicio que ha hecho formar la inconsecuencia de su porte; pero por grande que sea el talento del hombre, ¡cuán arriesgado es, especialmente en materia de religion, dar en los principios un paso falso! Los sectarios que le rodeaban le amedrentaron con el fantasma del apolinarismo, que no cesaban de echar en cara á los ortodoxos, y que particularmente atribuían á los anatematismos de San Cirilo.

En su conciliábulo depuso al Obispo de Alejandría y á Memnon de Éfeso, uno de sus mas celosos cooperadores; y separó de su comunión á los demás Padres, mientras no condenasen la doctrina de los doce artículos ó anatematismos (1). Para colmo de su preocupacion y extravío (á lo menos es muy difícil disculparle sobre este hecho atestiguado por la mayor parte de los historiadores), restableció á los Obispos depuestos por causa de pelagianismo, y redactó una decision espresa contra la verdad del pecado original.

(1) *Act. Conciliab. pag. 198.*

Despues tuvieron los hereges la astucia de introducir-la en las copias de los verdaderos decretos de Éfeso, como lo descubrió mucho despues San Gregorio Magno (1). Cuarenta y tres Obispos suscribieron al Concilio nestoriano, de los cuales ninguno causó mas admiracion que el piadoso y sabio Teodoreto. No obstante, no publicaron su sentencia en Éfeso, donde la notoriedad de la impostura los hubiera confundido; pero la enviaron á Constantinopla acompañada de cartas para las Princesas, para el Senado, el clero y el pueblo. Se conoce fácilmente que no se perdonarian las mentiras y calumnias; pero como el Emperador no habia visto aun las actas del verdadero Concilio que Candidiano continuaba impidiendo que llegasen á Constantinopla, se indispuso fuertemente contra San Cirilo y los demás Prelados ortodoxos.

32. Este era el estado de las cosas cuando llegaron á Éfeso los legados del Papa, que no habian podido llegar al tiempo de la apertura del Concilio, á causa de las tempestades que habian padecido en su viage (2). El Concilio celebró su segunda sesion en la casa episcopal de Éfeso el dia mismo de su llegada, que era el 10 de Julio. San Cirilo parece conservó siempre el primer lugar como Presidente constituido para todo este negocio; le seguía el Obispo Arcadio, uno de los legados, despues los oradores del Concilio Juvenal y Teódoto y los otros dos legados, Proyecto tambien Obispo, y Filipo, Presbítero de la Iglesia

(1) *Gregor. M. lib. 5. Epistolar. Epist. 14. lib. 6. Epist. 31. et lib. 7. Epist. 47.* (2) *Concil. Ephes. pag. 610. et seq.*

de Roma. Este tomó la palabra el primero, y presentando las cartas pontificias que llevaban, pidió con sus dos colegas que se leyesen é insertasen en las actas del Concilio. Al momento tradujeron al griego lo que acababan de decir en lengua romana ó latina, y tambien se leyó en latin la carta del Sumo Pontífice, y despues una traduccion griega que llevaban ya hecha para inteligencia de los Padres que no poseian el latin.

Principia esta carta con un testimonio ilustre á favor de la infalibilidad que la Iglesia ha creído en todo tiempo anexa al cuerpo episcopal. „La congregacion de los Obispos, dice, está asegurada de la presencia del Espíritu Santo, como representante de la asamblea de los Apóstoles, á quienes nunca abandonó su Maestro en el ministerio de la predicacion, siendo él mismo el que enseñaba por su medio; y este ministerio de la enseñanza se ha transmitido á todos los Obispos. Todos nosotros tenemos este derecho hereditario del Apostolado, pues hemos sucedido á los Apóstoles en las funciones confiadas á ellos por estas palabras: *Id, y enseñad á todas las naciones.*” El Pontífice infiere de aquí la obligacion en que están los Padres de concurrir todos juntos á conservar el depósito de la doctrina apostólica. Así reconocia San Celestino á los Obispos por jueces de la doctrina, y como establecidos por Jesucristo para ser Doctores de su Iglesia en lugar de los Apóstoles. En lo restante de la carta da su poder á los tres legados, que asistirán, dice, á lo que se haga y pondrán en egecucion lo